

FELIPE II Y FRANCISCO DE BORJA. DOS VIDAS UNIDAS POR EL SERVICIO A LA "CHRISTIANITAS"

*Enrique García Hernán
(Instituto Español de Historia Eclesiástica
de Roma)*

INTRODUCCIÓN

La relación de Francisco de Borja con Carlos V ha sido muy estudiada, especialmente durante su virreinato en Cataluña. Con respecto a Felipe II no es tan conocida, pero no porque fuera menor. Valgan para demostrarlo estas palabras suyas a propósito de Felipe II: "No querría yo que con verdad me atribuyesen descuido en lo que toca al servicio de Su Majestad, pues ni le tuve con el padre, ni espero tenerle con el hijo". Sin embargo, este "servicio" ha pasado prácticamente desapercibido¹.

La vida de Francisco de Borja (1510-1572) está marcada por dos circunstancias: su vinculación con el estamento nobiliario y su etapa de jesuita. Su vida y su obra van de la mano y se identifican, de modo que hizo de su persona un rosario de servicios a la Monarquía Hispánica. Esta actitud formaba parte de su mentalidad: servir al rey es servir a Dios².

Las relaciones Felipe II-Borja pasan por dos períodos bien distintos: de 1527 a 1559, y de 1559 a 1572. En el primer momento Borja se encarga de la educación del príncipe Felipe, crece en su brazos, al arrullo de sus canciones, le enseña a cabalgar, a usar la espada. Por eso Felipe II ve en Borja las glorias pretéritas de Carlos V, toda una vida al servicio a la Monarquía, como menino de Catalina de Austria (1522-1525), caballerizo mayor de la emperatriz Isabel, marqués de Llombay (1530), soldado peleando junto al emperador en la Provenza (1536), virrey de Cataluña (1539-1543), duque de Gandía (1543-1550). Borja había tenido la oportunidad de estar cerca de la emperatriz Isabel. Desde su cargo de caballerizo, Carlos V se fía plenamente de Borja y le pone junto a Isabel. Así de 1529 a 1533 acompaña a la emperatriz en sus viajes, en 1538 está todo ese año a su servicio. Isabel fallece en Toledo en 1539. Carlos V pide a Borja que acompañe el cadáver hasta Granada, donde debía ser enterrada. Asiste a Juana la Loca en su última agonía, Carlos V le aguarda con ilusión en Yuste, le pide haga de agente secre-

to en Portugal para preparar la anexión. Por todo esto se produjo entre Felipe II y Borja una gran amistad, que culmina cuando el rey prudente le pide su opinión sobre quiénes podían ayudarle en el gobierno de la Monarquía.

El segundo período inicia con un cierto desvalimiento a causa de las tensiones vividas con la Inquisición (1559). Borja se ve obligado a ocultarse en Portugal e incluso pedir ayuda al papa para poder dejar España, bajo pretexto de tener que servir al pontificado por especial llamamiento del pontífice (1561). La amistad mejora desde que Borja es general de la Compañía de Jesús (1565). Felipe II no duda en pedirle favores: jesuitas para la misiones en América, jesuitas que acompañen sus tropas en los Países Bajos y en el Mediterráneo, jesuitas para consejeros de embajadores, hasta el punto que el monarca le pide su ayuda para que se capitulara la Liga Santa (1571) de modo favorable a España. El momento de mayor identificación es en 1571-1572, cuando Pío V pide a Borja que acompañe al cardenal Legado Alejandrino a España, Portugal y Francia. Felipe II no duda en servirse de Borja para misiones muy delicadas: llegar a un acuerdo con la Santa Sede sobre la jurisdicción eclesiástica en Milán, Nápoles y Sicilia, evitar que Portugal firmara a un tratado comercial con Inglaterra, impedir la liga de Blois entre Inglaterra y Francia, evitar el enlace Enrique de Navarra-Margarita de Valois, etc.

Felipe II acoge en 1571 con gran benignidad a Borja, le respeta y le admira, incluso hay veneración. Le pide que le predique en la capilla de palacio. Borja le habla de El Escorial, de las misiones, de sus preocupaciones universales. Entre Felipe II y Borja hay gran sintonía, intereses comunes, dilatar la fe católica por el mundo, fortalecer la Monarquía Hispánica, unidad de la Casa de Austria. Borja fue beatificado en 1624, canonizado en 1671. Es patrono de la nobleza española.

1.- NACIMIENTO DE FELIPE II

En el mes de mayo de 1527 la emperatriz Isabel había dado a luz al príncipe Felipe en Valladolid. En esos momentos Francisco de Borja acompañaba en Gandía a su padre Juan de Borja, que intentaba superar ciertas indisposiciones de estómago que le provocaban continuos vómitos. Juan de Borja comunicó a su amigo el vizconde de Évol, que estaba en la corte, que en la primera ocasión le enviaría su hijo Francisco para que participara en la corte de tan gran acontecimiento. Fue entonces cuando Francisco de Borja, con 17 años, comenzó a servir al príncipe Felipe. Para este primer período me remito a la biografía *Francisco de Borja, Grande de España*, en vías de publicación.

Vale la pena reseñar algunos aspectos de Borja como marqués de Llombay, 1529-1543. Desde el mismo momento de su nombramiento, los marqueses -Francisco de Borja y Leonor de Castro-, cuidaron solícitamente de la emperatriz Isabel, especialmente del que luego será el encumbrado Felipe II. Es interesante ver cómo la marquesa comunicaba al emperador todos los detalles sobre cómo progresaba la educación del príncipe, sus aficiones, sus éxitos y fracasos; pero también aprovechaba su privilegiada situación -siguiendo sus naturales deseos de grandeza- para pedir mercedes para sus familiares y amigos³¹.

Fue Isabel quien se ocupó del "engrandescimiento" del marqués, tal como había pro-

metido. Inevitablemente surgió la amistad, una sana inclinación rodeada de cariño. Era un afecto en el que no había intimididad y que en modo alguno ensombrecía al emperador, pues de hecho Isabel siempre procuró comunicar a su esposo dónde y con quién estaba Borja, como por ejemplo cuando la emperatriz se aprestó para ir a Barcelona a recibir a su imperial esposo. Le dijo claramente que Borja se había ofrecido para acompañarla hasta esa ciudad, y no suscitó ninguna reacción celosa en el emperador. Doña Isabel llevó en sus brazos al príncipe Felipe, y Borja de vez en cuando hizo lo mismo, como recordará con orgullo unos años más tarde. La regencia de la emperatriz finalizó con la llegada del César a España en el verano de 1533⁽⁴⁾.

Prácticamente el virreinato del marqués de Llobray coincide con la primera regencia del príncipe Felipe (1539-1543), la cual era puramente nominal, pues era un muchacho de doce años. El verdadero regente era el cardenal Tavera, gobernador de los reinos de Castilla, prelado que como tal debía supuestamente seguir los pasos de sus predecesores los cardenales Cisneros y Adriano de Utrecht. Pero Tavera no estaba sólo, contaba con la colaboración de Cobos, el duque de Alba, don Fernando de Valdés y don Juan de Zúñiga.

La correspondencia de su virreinato es muy abundante, y sorprende -porque no era frecuente- que las cartas no estuvieran cifradas, teniendo en cuenta que en su mayor parte se trata de información militar; tan sólo como medida de precaución las enviaba a sus destinatarios duplicadas, es decir, usando diversos correos. Las cartas están divididas en diversos sectores a tenor de la situación política. Desde el punto de vista de su cargo hubo de mantener correspondencia con Carlos V y el príncipe Felipe, y casi diaria con Cobos, el secretario del emperador, pero por razones obvias no fue menor la comunicación con el cardenal Tavera. También en razón de su oficio matuvo estrechos contactos con embajadores, especialmente con los de Génova y Francia; con virreyes y gobernadores, como el duque de Calabria o el arzobispo de Valencia; con el consejo de Aragón; con militares como el príncipe Doria, don Bernardino de Mendoza, con el capitán general de Perpiñán don Juan de Acuña; con el duque de Cardona, con el duque de Gandía su padre; con la nobleza catalana como el conde de Módica, don Luis Enrique Girón; con don Fernando de Cardona y Soma, almirante de Nápoles; con don Juan de Cardona, obispo de Barcelona; y también con secretarios reales como Juan Vázquez, Juan de Idiáquez y Gonzalo Pérez. En muchas ocasiones la responsabilidad de su oficio se mezclaba con la amistad personal, como lo demuestra el caso del embajador de Génova, don Gómez Suárez de Figueroa, con el tiempo duque de Feria, con quien matuvo continua correspondencia.

2.- FRANCISCO DE BORJA, IV DUQUE BORGIANO DE GANDÍA, 1543-1550

Durante el período en que Borja fue duque de Gandía (1543-1550) la política del Estado estaba marcada por el matrimonio entre el príncipe Felipe y doña María Manuela de Portugal, que tras largas conversaciones fue una realidad en noviembre de 1543. Pero antes de llegar a ese enlace hubo un largo y en cierto modo tortuoso itinerario: algo más de seis meses de penosas negociaciones. Detrás estaban unos intrincados contratos matrimoniales. Uno de los puntos delicados era atinar con las personas que se encarga-

rían de la casa de los príncipes. En este sentido los duques de Gandía podían ser muy a propósito, toda vez que ya habían tenido experiencia con la emperatriz Isabel, y formaban uno de esos matrimonios que simbolizaban la unión entre España y Portugal⁽⁵⁾.

El emperador también escribió a los duques -más bien firmó las cartas redactadas por Cobos, mentor de todo este asunto- comunicándoles que se prepararan para el nuevo servicio junto a Felipe. La misión de los duques era la de acompañar a la princesa cuando don Felipe lo ordenase, por lo que se debían preparar para ir al encuentro y tener mucho cuidado en la "buena gobernación de su casa"⁽⁶⁾. En las famosas instrucciones de Carlos V a su hijo de Palamós del 4 de mayo de 1543 le expresa claramente que una vez hubiera consumado el matrimonio, entonces Borja y su esposa se encargarían de mantener a la princesa doña María algo alejada de su alcoba⁽⁷⁾.

El cargo de mayordomo mayor conllevaba autoridad sobre todos los oficiales de la casa de los príncipes de cualquier dignidad, mando y jurisdicción sobre la villa en la que se aposentaran, como lo tuvo el marqués de Denia en Tordesillas con Juana la Loca⁽⁸⁾. Además, Carlos V quiso que Borja gozara exactamente de las mismas atribuciones que tuvo el conde de Miranda, mayordomo mayor de la emperatriz⁽⁹⁾. De esta forma Borja se colocaba en uno de los puestos más altos de su estamento social. Pero el plan de Cobos no tuvo éxito. Inexplicablemente los nombramientos se bloquearon⁽¹⁰⁾.

3.- FRANCISCO DE BORJA, JESUITA

La aproximación de Borja a la Compañía de Jesús se debe a los jesuitas Fabro y Araoz, que cobraban gran prestigio ante el príncipe Felipe y ante su esposa María Manuela, a quien asistieron en el momento de su muerte tras el difícil parto del desdichado don Carlos. Pero grandes hubieron de ser las consideraciones que determinaron a Ignacio de Loyola a mantener el ingreso del duque en secreto, y sorprende todavía más que los votos de Borja se hicieran cifrados, con nombre falso⁽¹¹⁾.

En poco tiempo aumentó el prestigio de Borja, tanto que en el Señorío de Vizcaya corría el rumor de que había sido elegido cardenal. La verdad era que el príncipe Felipe le había hablado seriamente sobre este punto para que lo aceptara, y otro tanto hizo el nuncio Poggio cuando de camino a Monzón pasó cerca de Oñate, insistiéndole con vehemencia para que aceptara el capelo. A todos dijo que no, y estaba, a juicio del provincial, determinadísimo a no aceptarlo⁽¹²⁾.

Al final del verano de 1553 Borja viajó a Lisboa, después fue a visitar a Juana la Loca, que por deseo de la propia demente quería saber cómo se preparaba el matrimonio del príncipe Felipe con María de Inglaterra; y a su vez Felipe le había pedido que la consolara en su muerte. Pero el príncipe también quería que Borja librara a Juana de sus locuras, que rayaban con la herejía.

En 1554, después de haber hecho nuevos votos por orden de Ignacio para que no le nombraran cardenal, fue por él designado comisario de la Compañía, con autoridad sobre España, en las provincias de Aragón, Castilla, Andalucía, y Portugal. De esta forma Borja será el superior de Araoz. Ignacio decidió enviar al padre Jerónimo Nadal a España a finales de 1555 con grandes poderes, pero por delicadeza con Borja, -que tenía las mismas atribuciones-, le había precisado que durante su misión de visitador,

no sería ni superior ni súbdito de Borja, sino que debía colaborar con él¹³. Este cargo conllevó nuevos contactos con el príncipe Felipe. Así, en mayo de ese año hubo de escribirle varias cartas comunicándole sus entrevistas con Juana la Loca¹⁴.

Una nueva situación geopolítica se abrió cuando el emperador fue abdicando de sus estados. Los de España pasaron a su hijo Felipe, el imperio a su hermano Fernando. Pero antes quiso asegurar la corona portuguesa, pues dado el índice de mortalidad infantil era probable que don Sebastián muriese. Así, en 1558, se puso en marcha una delicada negociación, a fin de conseguir con la ayuda de Catalina de Austria, que el malogrado príncipe don Carlos, hijo de Felipe II y de su primera mujer la portuguesa María Manuela, fuera el heredero de la corona portuguesa. El emperador se había retirado a Yuste a finales de 1557. Notemos el parangón y ejemplaridad de lo ocurrido con el duque de Gandía: su abdicación y reclusión en la vida religiosa¹⁵. Carlos V necesitaba la ayuda de Borja para que desarrollara una importante misión: garantizar la sucesión de Portugal. Carlos V encontró en el otrora marqués y duque un cambio muy notable, pero seguía siendo el mismo y, si cabe, mejorado para misiones delicadas. El rey Juan III falleció en 1557, su hijo se había adelantado en 1554, y su nieto don Sebastián era demasiado pequeño para gobernar: la regencia fue un imperativo y Catalina de Austria hizo cuanto pudo para preparar la sucesión de la corona en la persona de don Carlos, pero fue insuficiente. Carlos V pidió a Borja, a quien esperaba cada día, que sondeara el ánimo de Catalina y si era posible la convenciera definitivamente para que aceptase el plan¹⁶. Durante la misión, Borja sufrió una dolorosa enfermedad. Todos los detalles los podemos conocer gracias a las cartas que envió a Carlos V. Pero es de más provecho el análisis del encuentro de Borja con Carlos para darle cuenta de su misión. Es precisamente Carlos V quien narra esta conversación a su hijo Felipe¹⁷.

Entre sus actividades apostólicas se encontraba la dirección espiritual de la princesa viuda Juana, hermana de Felipe. Finalmente a esta ilustre señora la recibió Ignacio en la Compañía en enero de 1555. Los votos que hizo fueron secretos. Notemos el parangón entre Juana princesa-jesuita en secreto y Borja duque-jesuita en secreto. Fue el resultado natural de una relación de amistad y admiración. La jesuita Juana se debatió entre ser gobernadora de Portugal durante la minoría de edad de don Sebastián, su hijo, o gobernadora de España. La segunda opción fue la menos deseada por Carlos V. Don Sebastián quedó en Portugal con su abuela Catalina como regente cuando sobrevino la muerte de Juan III. Juana fue gobernadora de España hasta el regreso de Felipe II en 1559. Durante este tiempo Borja participó en el gobierno de España de forma oculta, como consejero de la princesa Juana¹⁸. Y fue la princesa Juana quien pidió la intervención de Borja para que procurase una buena muerte a la reina Juana¹⁹. Borja asistió varias veces a la reina, y en sus últimos momentos pudo comprobar cómo recobró la cordura. Aseguró al César sin género de duda que su madre había terminado bien sus días, sus últimas palabras fueron: "Jesucristo Crucificado sea conmigo"²⁰.

4.- FRANCISCO DE BORJA Y LA INQUISICIÓN

Cuando en 1559 Felipe II supo que había de regresar a España como rey, quiso recibir informes de los personajes más influyentes sobre qué personas habían de ayudarle

a dirigir el Estado. Desde luego Borja recibió esa invitación, y puso enseguida manos a la obra, como perfecto conocedor del mundo de la corte. Borja habló al rey en Madrid con llaneza y fortaleza. Araoz dice que el rey "le mostró mucho amor, y se holgó con él con demostraciones aun mayores que antes y le habló en diversas cosas"²¹ Borja puso en manos de Felipe II un memorial. El documento está dividido en dos partes, los que habían de ser de los diferentes consejos y los que podían ser obispos. Para los primeros, los dividió entre nobles y de letras, para que el rey eligiera según su deseo; para los segundos, procuró dejar bien claro que todos los que proponía eran limpios, es decir, no cristianos nuevos, de estudios y de reputación.

Estimamos que -conociendo como se conoce ahora la forma de gobierno de Felipe II- acaso Borja pecó de excesiva confianza con el rey. Estas palabras lo aclaran:

*"Por la verdad que a V. M. debo, pongo en algunos la objeción que siento; y por-
que a entenderla se podían escandalizar, no mirando mi zelo, suplico humilde-
mente a V. M. sea servido que este memorial no se vea, aunque por mi particular,
pues trato con intención sana, y a lo que debo al servicio de V. M. no tenía pena;
más sería pagar justos por pecadores, como dicen, y harían luego cargo de ello a
la Compañía, como lo hacen por estas partes..."²²*

Para presidente del Consejo de Indias, si había de ser noble, propuso al marqués de Mondéjar, López Hurtado de Mendoza, virrey de Valencia y Nápoles. Pero el rey ya había advertido a Borja que tenía previsto para el marqués otro cargo. En su lugar propuso al conde de Oropesa si no se le ponía como presidente del Consejo Real. Si había de ser letrado propuso a Figueroa o a Vaca de Castro.

Para presidente del Consejo de Órdenes propuso al marqués de las Navas, Pedro de Ávila, -benefactor del colegio jesuítico de Ávila-, o a Juan de Benavides -gran benefactor que será del colegio de Cádiz-. Estos dos personajes ya estaban al servicio del rey, por lo que no entró en más detalles. En su defecto, proponía al hermano del conde Oropesa, Francisco de Toledo, comendador de Alcántara, -que será virrey del Perú en 1568-, porque "será muy buen voto el suyo, así en lo de la guerra como en lo de la paz". Si había de ser letrado proponía al licenciado Pedro de Pedrosa, caballero de Santiago, del Consejo de Órdenes; otro candidato sería Pedro Goñi, "persona de casta y de mucha autoridad y rectitud".

Para presidente de la Cancillería de Valladolid, proponía a Miguel de Otalora, "muy acreditado en todo el reino", a Pedro de Pedrosa si no resultaba presidente de Órdenes; y a Marín Enríquez, tío del marqués de Alcañices -Alvaro de Borja-, y casado con la hija del marqués de Aguilar. Para gobernador de Galicia propuso al conde de la Coruña, pues aunque no le conocía bien, tenía buenos informes.

Para el nombramiento de obispos procuró dejar bien claro que todos los que presentaba eran limpios, es decir, no cristianos nuevos, de estudios y de reputación. Propuso en primer lugar al doctor Navarro, Martín Azpilcueta, amigo de los jesuitas portugueses; que aunque era viejo y estaba cojo bien podía servir, especialmente por su grandísima cultura, virtud y ejemplo. Luego al doctor Alfonso Ramírez de Vergara, teólogo, canónigo de Cuenca, amigo de Borja. También propuso a Gaspar de Quiroga, auditor de la Rota, en esos momentos visitador de Nápoles, fue presidente del Consejo de Italia, en 1571 obispo de Cuenca; y tras la muerte del cardenal Espinosa, Inquisidor

General; y gran benefactor que será de la Compañía en Toledo como arzobispo de esa sede desde 1576.

También propuso a Diego de Espinosa, en esos momentos regente de Navarra, "persona de muchas letras, virtud y prudencia". Gran amigo de Borja, llegará a obispo de Sigüenza, presidente del Consejo Real de Castilla, Inquisidor General, y cardenal. Será un gran benefactor y sobre todo un amigo fidelísimo. Igualmente presentó a otros como Francisco Sancho, luego obispo de Segorbe; Andrés Pérez, más tarde obispo de Ciudad Rodrigo; Juan de Ayora, también obispo, de Oviedo; a Gaspar de Cervantes, luego obispo de Mesina, cardenal en tiempos de Pío V.

Como consecuencia de este memorial se abrió en su vida una etapa agria y decisiva, que comenzó en 1559. La situación política internacional estaba marcada por la paz de Cateau-Cambrésis, que puso fin a las guerras con Francia, equilibrando el poder en toda la península itálica, y que tan de cerca siguió: "La nueva de las paces nos ha dado acá grande consolación, por los sucesos que por medio de ella se esperan". Ahora bien, Borja parecía meterse demasiado en asuntos de Estado, acaso apremiado por los mismos cortesanos, que estimaban en mucho sus consejos, máxime en un período marcado por dos circunstancias, el advenimiento de Felipe II a España y el inicio de la guerra fría entre España y Francia por el dominio de Italia⁽²³⁾.

En primer lugar debemos tener presente que fue en mayo de 1559 cuando compuso, por petición del rey, ese memorial. Precisamente un año antes Borja quedaba perplejo por lo que estaba pasando en la corte, la semilla de Lutero crecía en casa; con esta crudeza lo comunicaba:

"...se han descubierto en esta corte y en otras partes, muchas personas infectadas de la lepra abominable de Lutero, entre los cuales no faltan ilustres. Estos señores del Santo Oficio han puesto la mano en el remedio, y hasta ahora se han prendido muchas. Es mal que tiene muy hondas raíces; aunque la diligencia grande, que por todas partes se usa, las va desentrañando"⁽²⁴⁾.

Borja hablando confidencialmente con Diego de Acevedo, tesorero del rey, le dijo que Felipe II y toda la corte estaban sorprendidos de que en Valladolid hubiera grupúsculos luteranos. "esta lepra, que por acá se ha descubierto de Lutero", pero aun lo estaban más que no afectara a ningún jesuita. Estaban todos pendientes de si esos brotes salpicaban a la nueva Orden, que ya tenía poderosos enemigos⁽²⁵⁾. En 1557 algunos ya había puesto el grito en el cielo:

"...que los teatinos eran causa de estos errores (así nos llaman por acá), y que a mí me habían prendido, y que a otros habían traído maniatados, y que otro se ahorcó, en otras partes nos queman..."⁽²⁶⁾.

El Inquisidor Valdés hizo en 1559 un índice de libros prohibidos durísimo, queriendo poner freno al avance protestante. Los libros de Borja habían sido incluidos. Esta medida fue considerada por Borja como una traición ejercida por un grupo de presión que le obligaba alejarse de la corte. Posiblemente en la raíz estaba el memorial que había enviado al rey⁽²⁷⁾.

5.- FRANCISCO DE BORJA, GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Borja, después de un largo periplo pudo llegar a Roma, aunque sobre él recaía la sospecha de haber abandonado furtivamente la corte para librarse de la Inquisición, y el rey disgustado con él. En junio de 1565 fue elegido general de la Compañía. En agosto llegó a Madrid la nueva de su elección. La reacción de Felipe II, de su esposa Isabel de Valois, del príncipe Carlos, de la princesa Juana de Austria, y de los príncipes Maximiliano y Ernesto, hijos del emperador Maximiliano II, fue muy buena. En general todos aplaudieron la noticia. La fama de Borja se había extendido por todas partes, estaban deseosos de verle, y era tanto el anhelo que corrió el rumor de que se había presentado en España o que lo haría pronto²⁸¹.

Las relaciones con la monarquía hay que entenderlas desde el punto de vista borgiano. Era Borja miembro de esa monarquía, se sentía totalmente identificado con ella, era verdadera devoción, de ahí que cuando había alguna dificultad -el caso de la jurisdicción eclesiástica- sintiera verdadera pena:

*"porque ha muchos años que ésta es para mí un cuchillo de dolor, el cual entra más cuanto es más tierno y más fiel y verdadero el amor tengo a mis príncipes"*²⁸².

La amistad con Felipe II se fuere normalizando poco a poco. Tomó la iniciativa el propio rey -aunque a regañadientes-, precisamente para pedirle que el padre Araoz no fuera a Roma, pues sus servicios hacían falta en España. Esta carta fue entregada en mano por el cardenal Pacheco. Casi al mismo tiempo que el rey firmaba su carta, Borja enviaba la nueva de su elección de general. Sus palabras eran de acatamiento, respeto, de "servicio", se sentía obligado a poner a toda la Orden bajo la protección real, incluyéndose él mismo, cumplir con su designio, en lo que se había educado:

*"aunque esté ofrecido al servicio de V. M. desde que nascí, como su verdadero vasallo y criado, la obligación del nuevo oficio... me obliga a suplicar... que a estos padres y a mí... reciba debajo de su real protección"*²⁸³.

Borja aceptó la voluntad real y le contestó favorablemente, es decir, que Araoz quedaría en España, pero sólo temporalmente, pues en Roma hacía mucha falta. El rey no lo aceptó, y le escribió de nuevo para pedirle que Araoz se quedara definitivamente porque sus servicios eran imprescindibles. Esta misiva fue entregada en mano por don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, embajador en Roma. Borja quedó sorprendido y desolado, toda vez que el mismo Ruy Gómez -cuyo confesor era Araoz- y la princesa Juana -que era jesuita-, apoyaban la decisión real. Hubo de escribir de nuevo al rey aceptando humildemente sus mandatos²⁸⁴.

Recibió otra carta del rey para pedirle un favor: que el padre Avellaneda acompañara al conde de Monteagudo en su nueva misión de embajador en Alemania. La carta tenía de especial que concluía con unos renglones de mano del rey -lo cual significaba mucho para Borja-. Le pedía oraciones:

"que en toda la Compañía hagáis que se tenga muy particular cuidado de suplicar a Nuestro Señor por el buen suceso de las cosas que ahora se ofrecen en todas partes, que aunque sé que lo hacéis así, no he querido dejar de encomendároslo mucho".

Borja aceptó la petición y se comprometió a colaborar, pero sobre todo le conmovió

que el mismo rey le escribiera, de ahí que contestara con estas significativas palabras del cambio obrado:

*"Quisiera tener las manos y fuerzas a medida de la voluntad que en mí hay para obedecer y servir a V. M., cuyos pies humildemente beso por la memoria que ha tenido de este su mínimo siervo y criado, cuyo deseo es no olvidarse jamás de las mercedes recibidas de su real mano"*³²¹.

Se puede decir que las relaciones se normalizaron del todo. Los siguientes contactos fueron en razón del oficio, que autorizara que ciertos religiosos fueran a misiones. Perú, Florida y Méjico³³¹.

6.- FRANCISCO DE BORJA Y SUS AMIGOS EN LA CORTE

Los principales amigos de Borja en la corte eran la princesa Juana, Ruy Gómez de Silva, Gómez Suárez de Figueroa, y el cardenal Diego de Espinosa, contactos amasados por la eficaz y discreta acción del padre Araoz.

La princesa Juana, hermana de Felipe II, era un pieza clave dentro de la casa de Austria. Su situación era algo confusa porque nadie sabía que era jesuita; y aunque no parecía tomar decisiones importantes, como madre de Sebastián de Portugal, aunque residente en Madrid, tenía un papel primordial en aquel reino³⁴¹. Llevaba una vida oculta, retirada, buscaba la soledad y el consuelo en la oración. Pío V pensó que enviando un emisario -Luis de Torres- a España y Portugal, se podía conseguir que Sebastián se casara con Margarita de Valois, hija de Catalina de Médicis. En el cumplimiento de su misión, Luis de Torres recibió el encargo de Juana de Austria de ponerse en contacto con Borja para entambos obtener ciertas concesiones para el monasterio de las Descalzas Reales de Madrid, toda vez -como decía Juana- que Borja conocía perfectamente el modo en que vivían las reglas esas clarisas. Juana, empeñada en su objetivo, escribió no sólo a Borja, sino al propio papa, poniendo como seguro intercesor a Borja³⁵¹.

Borja era verdaderamente amigo del príncipe Ruy Gómez³⁶¹. Se conocieron en 1526, cuando llegó a España acompañando a la emperatriz Isabel de Portugal, era primo de su esposa Leonor de Castro, en 1536 lucharon codo con codo en la campaña de la Provenza contra los franceses; y desde 1550, contacto seguro para llegar directamente a Carlos V y luego a Felipe II, de hecho fue él quien entregó al César la carta por la que Borja comunicaba que deseaba hacerse jesuita. Cuando en 1566 se concertó el matrimonio del duque de Medina Sidonia -Alfonso Pérez de Guzmán- con una hija de Ruy Gómez, le escribió así:

*"yo amo a vuestra señoría tan sin interés muchos días ha que siempre tengo por mayor bien lo que es mayor contentamiento de vuestra señoría, cuánto más que todo se cae en casa, pues ha caído la suerte sobre mi sobrino según la carne..."*³⁷¹.

Borja no dudó en mover todos los hilos; así, para la obtención de ciertas dispensas, pidió la colaboración del príncipe Ruy Gómez de Silva e incluso del mismo rey³⁸¹.

El duque de Feria, Gómez Suarez de Figueroa, era hijo de la marquesa de Priego, Catalina Fernández de Córdoba, por tanto hermano del padre Antonio de Córdoba. Ya en 1540 Borja había comenzado a tratar con él, precisamente cuando éste era embajador en Génova y aquél virrey de Cataluña. Cuando Borja fue elegido general, fue

Gómez Suárez de Figueroa el encargado de dar razón de lo que sospechase iba en contra del nuevo general. Su nombre en clave en la correspondencia jesuítica fue el de "un correo" o el de "segunda clase"³⁹. Este correo informó de todo, incluso de temas tan delicados como el caso de Carranza, o en el controvertido problema de los hermanos Gonçalves da Câmara en Portugal. En 1567 fue honrado con el título de duque de Feria, en 1569 falleció su madre la marquesa de Priego, gran discípula del maestro Juan de Ávila, cuyas muertes fueron casi simultáneas. En 1570 el duque de Feria entró en pleitos con su hermano el marqués de Priego, Alfonso Fernández de Córdoba. El padre Luis de Mendoza, enviado por Borja a España en misión especial, pudo ver en esos momentos que Feria no estaba muy satisfecho de algunos jesuitas. En 1571 le sorprendía la muerte, antes de poder encontrarse con Borja. Era una gran pérdida la de Feria, y el propio pontífice envió un encendido pésame a su viuda, la inglesa Juana Dormer⁴⁰.

Como consejero de Estado, fue un elemento negociador importante para los asuntos de Portugal, donde los hermanos Gonçalves -uno jesuita- se habían metido de lleno a conducir la política del Estado, provocando que la familia real se dividiera. El monarca español, ante el confusionismo, decidió enviar a Gómez Suárez de Figueroa para poner paz entre la reina y el cardenal por medio de semipúblicas negociaciones⁴¹. Gómez Suárez de Figueroa informó de esta situación a Felipe II, y se sintió en la obligación moral de dar explicaciones a Borja. Reconocía que todo había salido bien gracias a la inestimable ayuda del padre León Henriques⁴².

Entre Ruy Gómez, Feria y el padre Araoz hubo tal identificación con Borja que parecían todos una sola persona. Baste un ejemplo. A finales de 1565, cuando empezaban a arreciar las dificultades entre ellos, porque Araoz no quería dejar la corte, Borja anotó estas palabras en su diario espiritual: "comenzóse la oración por el rey, Ruy Gómez, Feria, Araoz, Francisco, etc., porque el Señor los haga santos"⁴³.

Las relaciones con Diego de Espinosa (1514-1572) son muy importantes. Ya en 1559 Borja le recomendó ante el rey para que fuera obispo. Dijo de él que era persona de muchas letras, virtud y prudencia⁴⁴. Justo al año siguiente fue agregado al Consejo Real, y en 1565 fue Presidente del Consejo de Castilla y en 1566 Inquisidor General. En 1568 había obtenido la pingüe mitra de Sigüenza y el prestigioso capelo rojo. Su carrera ascendente era vertiginosa, una parábola sin punto de inflexión, a algunos les daba miedo. Ciertos cortesanos, y particularmente dos del consejo, habían manifestado paladinamente varias veces la buena voluntad que el rey mostraba por la Compañía, y lo bien que hablaba de ella, y que cada día mostraba más satisfacción, precisamente gracias a Espinosa⁴⁵.

El confesor de Espinosa era el padre Saavedra. En 1566 Borja le había pedido dinero para sufragar los gastos del Colegio Romano. Borja hubo de intervenir en el asunto Torres a instancia de Espinosa. En efecto, Borja le aseguró que hizo todo cuanto pudo en el negocio que trató Torres en Portugal, como podía entender por el mismo Torres y por un agente que Espinosa tenía en Portugal. Borja se despidió poniéndose, como siempre, a su servicio: "en todo lo que yo pudiere, no faltaré, como lo debo yo y toda nuestra Compañía"^{46,47}. Lo cierto era que Valdés había dejado paso al más tolerante y amable Espinosa. Este cardenal había favorecido mucho a la Compañía, especialmente en 1570, cuando habló al rey muy íntimamente sobre la Orden.

El "ave gorda" -como así le llamaba Valdés- se había convertido en un fénix que miraba todo desde la altura de su privilegiada posición. Borja llegó a tener a su lado en esos momentos grandes amigos, verdaderos amigos. De hecho, Espinosa era uno de los que más protegían a Juan de Borja, hijo de Francisco de Borja, en la corte.

En 1569, ante in lamentable suceso a propósito de problemas inquisitoriales en Sicilia, acudió Borja enseguida a Espinosa. Y lo mismo hizo con el licenciado Francisco de Soto, uno de sus más fieles amigos⁽⁴⁷⁾. En este sentido, los contactos con diversos secretarios fueron decisivos, se pueden citar a Francisco de Eraso, Juan Vargas Mejía, Gabriel de Zayas, Juan Vázquez de Molina; y otros influyentes personajes como el licenciado Francisco de Soto y el doctor Velasco.

En cuanto a la política del Estado, sus preocupaciones se traslucen a través de su correspondencia personal, especialmente con el conde Lerma. Escribiendo al arzobispo de Zaragoza, Hernando de Aragón, se ponen de relieve las inquietudes de Borja: la aplicación de Trento, el acuerdo entre Felipe II y la Santa Sede en temas de jurisdicción y la presión de los turcos sobre Malta. Estaba algo animado porque veía que en España el concilio se aplicaba, mejoraban la lites con el papa gracias a Pedro de Ávila -marqués de las Navas-, y porque el almirante de la flota mediterránea, don García de Toledo -de la casa de Oropesa- estaba dispuesto a todo con tal de contener a los turcos, además algunos padres irían en esa armada⁽⁴⁸⁾. Efectivamente Pedro de Ávila, que en 1558 Borja le había recomendado ante el rey, había sido enviado en 1565 por el monarca a Roma para tratar con el cardenal Pacheco de llegar a un acuerdo con el papa, Borja se había ilusionado, pero no hubo manera de llegar al concierto⁽⁴⁹⁾.

A finales de 1566 Borja tenía noticias sorprendentes: Felipe II había liberado a Carranza, había retirado a Valdés y nombrado a Espinosa, y Araoz sería confesor real, noticia que envió rápido a los más propinuos, a los padres Nadal y Salmerón. Era verdad que Valdés había ido "a descansar" a su sede, y que Espinosa iniciaba una carrera ascendente, pero no era cierto que Araoz fuera confesor real, asunto que fue impedido por el franciscano Bernardo de Fresneda, obispo de Cuenca, confesor del rey⁽⁵⁰⁾.

Fue el año 1568 uno de las más tristes para Felipe II. Las muertes de su hijo Carlos y de su esposa Isabel de Valois, la más querida, afectaron profundamente al monarca. Borja se alegró por un lado por el buen final que había tenido el desdichado Carlos, pues creía que había muerto religiosamente; pero no podía ocultar su pesimismo, ya que estaba seguro que eso afectaría al gobierno de la monarquía⁽⁵¹⁾.

Le satisfizo saber que Gaspar de Quiroga fuera elegido consejero de Felipe II⁽⁵²⁾. Y todavía más cuando fue promovido⁽⁵³⁾. Los contactos con los duques de Medinaceli prosiguieron, especialmente para la consecución de ayudas económicas para los colegios de Sicilia⁽⁵⁴⁾. Pero, sobre todo, tuvo cuidado de mantenerse en contacto con Hernando de la Cerda, teólogo de renombre que había residido en Roma, hermano del Medinaceli, que años antes había mostrado deseos de hacerse jesuita⁽⁵⁵⁾.

Borja comenzaba el año de 1570 tomando una gran decisión. Envío al padre Luis de Mendoza, -sobrino de Láinez, emparentado con la nobleza, gran benefactor, luego de la Compañía-, a España para tener diversos encuentros en la corte, especialmente con Felipe y el secretario real Gabriel de Zayas. Su principal misión era la creación de colegios jesuitas en Flandes⁽⁵⁶⁾.

Había de visitar y entregar cartas en Barcelona al virrey de Barcelona y María Manrique; en Valencia al arzobispo, a don Alonso de Borja y a su esposa doña Leonor de Noroña, y al duque; en Valladolid a doña María de Mendoza, en Madrid al duque de Feria, al conde de Lerma, a la princesa Juana de Austria, a Ana de Mendoza -esposa de Ruy Gómez-, a María de Mendoza, hermana del marqués de Mondéjar. Al rey le debía entregar un imagen piadosa.

Una de las visitas de Luis de Mendoza fue al duque de Medinaceli, Juan de la Cerda, gran amigo de Borja. Se trataba de pedirle alguna ayuda económica para la construcción de la iglesia del Gesù, pero además estará por medio la creación de colegios en Flandes⁵⁷⁾. En 1570 Felipe II nombraba al duque de Medinaceli gobernador de esos estados, aunque no se llegó a efectuar sino dos años más tarde, porque el duque de Alba siguió en el cargo. Enseguida Borja envió una misiva para felicitarle, se alegraba doblemente; es decir, por la persona tan cualificada para el cargo, y porque el duque era un "patrón y señor" de la Compañía, de modo que así los jesuitas podrán colaborar en el asunto más importante de Flandes: "la salud de las almas", pues era una tierra que estaba necesitada de medicinas que purgasen los malos olores -revueltas de Flandes- y conservase los buenos⁵⁸⁾.

En definitiva, con la elección de Borja como preposito general de la Compañía de Jesús, la nobleza española encontró en el nuevo general un seguro valedor en Roma y en Italia, y Borja, por su parte, pudo sanar su fama herida, gracias sobre todo a Juana de Austria, Ruy Gómez de Silva, Espinosa, y algunos secretarios reales, amistad bien orquestada gracias al padre Araoz.

7.- BORJA Y FELIPE II EN 1571-1572

Para este particular período me remito a mi tesis de doctorado presentada en 1997 en la Universidad Gregoriana de Roma, que lleva por título "La acción diplomática de Francisco de Borja al servicio del Pontificado. 1571-1572", en vías de publicación. Aquí me limitaré a algunas de las misiones que Borja tuvo en la corte española, especialmente su encuentro con Felipe II, y cómo ambos trabajan en una misma dirección: el bien de la "Christianitas".

Transcurría el mes de junio de 1571 cuando Pío V quiso que Borja acompañara a su sobrino el cardenal Alejandrino en una misión en España, Portugal y más adelante en Francia. En la mente del papa habían anidado dos ideas íntimamente entrelazadas: unir al heredero de Navarra con la casa de Valois implicaba impedir que se hiciera causa común con Felipe II para luchar contra los turcos. El proyecto de unir a la *Christianitas* contra los infieles tendría un fuerte revés si se efectuaba este matrimonio y esto facilitaría la labor de los protestantes⁵⁹⁾. Pero a Felipe II le preocupaba el matrimonio de Margarita de Valois con Enrique de Navarra, una hereje, no ya por nobles aspiraciones religiosas, sino porque se rompía el equilibrio conseguido en Cateau-Cambrésis, "la paz y sosiego de la Cristiandad". El rey no quería ver una Francia demasiado poderosa en tres frentes: en el Piamonte, en el norte de España, y en las fronteras con los Países Bajos. Sin embargo, Catalina de Médicis veía en este matrimonio el mejor medio para dirimir las diferencias con los hugonotes, y al mismo tiempo abrazaba la esperanza de

que una vez casados, Enrique se uniría a la Iglesia Católica. Borja debía conseguir el matrimonio de Sebastián de Portugal con Margarita de Valois.

Una vez puesto en viaje, el deseo de encontrarse con su rey fue para Borja un prurito, una necesidad. Desde Barcelona le escribió con palabras encendidas. En las frases donde vierte su devoción por el monarca late siempre una idealista aspiración de servicio. El hecho de que el rey se alegrara de su venida le obligaba de nuevo a servirle con todas sus fuerzas, hasta su muerte. Sabía que el trabajo que le esperaba no iba a ser en valde⁽⁶⁰⁾. Ese apetecido encuentro, ansiado si cabe, no se produjo tan pronto. Pasó junio, pasó julio, pasó agosto, pasó septiembre, y por fin, en octubre reverencia a su rey. No podía columbrar lo familiar que se iba a mostrar el hierático monarca. Se agolparían en su buena memoria recuerdos imborrables, cuando le arrulló en sus brazos, o cuando le enseñó a cabalgar. Por sus venas seguía corriendo la sangre noble. Aquella lejana, nebulosa y aciaga etapa de su confusa salida de España, intimidado por la Inquisición, había pasado. El tiempo de inclemencia había remitido. El día de su Santa Bárbara, como recordó en su diario espiritual había desaparecido. Las muchas oraciones por su rey parecían dar resultado. Ahora la luz del sol -diez años en Roma- había despejado el sombrío rostro de la corte española, y proyectaba rayos de ilusión y esperanza por encontrarse con el otrora duque de Gandía. Para muchos, las actitudes de cercanía a Borja eran claramente ostensibles. En Roma se conocieron estos gratos recibimientos gracias a las propias noticias de Borja. Había sido recibido "muy graciosamente"; a todos los cortesanos les resultaba muy grata su presencia, y todos le visitaban⁽⁶¹⁾.

Borja parecía haber llegado a la cúspide de su existencia. Según el testimonio del portero de la cámara del rey, Antonio de Palacios, cuando entró Borja en el Alcázar, todos pusieron en él los ojos, se dirigieron a él para venerarle con muestras de respeto, querían tocarle y besarle la sotana. Este portero asegura que vio entrar y salir a Borja familiarmente de la cámara del rey muchas veces⁽⁶²⁾. Por otros testimonios sabemos que durante su estancia predicó en la capilla real del palacio, en la iglesia de Santo Domingo, y en el monasterio de las Descalzas Reales. El rey y muchos de los nobles quedaron conmovidos por sus meditaciones⁽⁶³⁾.

Borja debía centrarse en la misión pontificia. Uno de los puntos a tratar con el rey era el problema suscitado en Portugal con la posible marcha de la reina Catalina de Austria. Precisamente en este punto -según testimonio del nuncio-, Borja venía informado. En el interludio del viaje, la situación en Portugal se había complicado más. Los tres jesuitas confesores reales estaban unidos en la corte; mas vilipendiados. Todos los acusaban de desunir a los príncipes. Catalina de Austria llegó a notificar a Borja con palabras fuertes la verdad de las imputaciones. La melancólica reina se abrazaba a su pena y lloraba al ver que en el reino y fuera de él se notaba -y con gran escándalo-, que estando los confesores del rey su nieto, del cardinal su hermano, y el suyo propio, en perfecta sintonía, no consiguieran que el rey, el cardinal y ella misma estuvieran unidos. Más bien parecía que se odiaban cordialmente.

El cardenal legado Alejandrino debía apoyarse en Borja para arreglar esta penosa situación, pues estaba claro que Felipe II tenía un importante papel que desempeñar. No sabía el legado, sin embargo, que Catalina actuaba al dictado del rey. En cualquier caso,

Borja debía obtener, como fuera, que Catalina no dejara por nada del mundo el reino de Portugal. Esto era lo que quería el papa.

Tenía también que interceder en favor del militar Marco Antonio Colonna. Enseguida se le iba a ofrecer una oportunidad. Borja pidió al legado que escribiera al nuncio Castagna para que se acordara de Marco Antonio. Apenas llegado a Madrid, fue invitado por Ruy Gómez, su amigo, y un gran valedor de Marco Antonio, de quien había dicho el militar que había depositado en él toda su esperanza. Los dos abordaron de consuno intereses pontificios. El agente de Colonna en Madrid, Daneo, estimó que con la colaboración de Ruy Gómez, de Alejandrino, y de Borja sería suficiente, y por tanto no hacía falta perder más ayuda al papa⁶⁴. Estudiaron, en efecto, si era conveniente presentar al rey una carta del papa sobre este punto, y decidieron que era la mejor ocasión, así que sin más preámbulos, Borja, en nombre del legado, como agente suyo -según consta en el registro de cartas del cardenal- y en nombre del papa, intercedió en favor de Marco Antonio, entregando nada menos que el documento pontificio, donde se pone de manifiesto la petición de Pío V de la gobernación de Milán para Marco Antonio, o en su defecto el virreinato de Sicilia⁶⁵. Se complicó más el asunto cuando Alejandrino entregó a Borja un memorial -redactado por el papa e incluido en las instrucciones- sobre cómo se debía obtener el favor real para Marco Antonio, que fue entregado inmediatamente al rey. Según todos los datos, Marco Antonio, el cardenal Colonna y su hermano Pompeyo, estaban siendo calumniados injustamente en la corte⁶⁶. Sabemos que Borja obtuvo réplica del rey sobre el caso Marco Antonio, y que desde Madrid le envió la respuesta. Desgraciadamente no contamos con esta carta, aunque sí con la réplica, que fue entregada a Daneo por el cardenal Espinosa. Marco Antonio quedaba dentro del favor real, el gobierno de Milán ya había sido concedido al comendador mayor de Castilla, y para el virreinato de Sicilia se estaba pensando en otra persona, pero no se olvidará el rey de favorecerle⁶⁷.

También Borja había de realizar algunas gestiones en favor de los cardenales Colonna y Crivelli. Borja expuso al rey de viva voz las buenas disposiciones de estos dos cardenales respecto a la Corona. Entregó al monarca las cartas de presentación tanto de uno como de otro, aclarando, además, que éstos habían actuado siempre en favor de la Monarquía Hispánica.

El caso de Colonna era más delicado porque debía exculparle por no haber favorecido los intereses reales cuando se gestaba la firma de la Liga Santa. En cierto modo el asunto ya estaba arreglado, pues el memorial pontificio en favor de Marco Antonio se decía que el cardenal Colonna siempre había buscado, desde su puesto de diputado en la congregación para la Liga Santa, favorecer al rey. En cualquier caso, Borja habló muy favorablemente de él, pero no se mostró satisfecho, pues difirió dar nuevas a dicho cardenal hasta no estar más seguro⁶⁸.

El caso del cardenal Crivelli era extremadamente delicado. Borja, por ayudar a Crivelli, hubo de comunicar al rey cómo se había desarrollado la elección del nuevo ministro general de los franciscanos, cuyo protector era Crivelli. Felipe II seguía muy de cerca el desarrollo de esta Orden en los dominios de la monarquía, toda vez que su confesor, el franciscano Bernardo de Fresneda parecía controlar la Junta de Reforma. Ya había pedido a este cardenal que se pusiera en contacto con Zúñiga, el embajador en

Roma, para entrambos obtener la consecución de ciertos objetivos. En primer lugar, que el nuevo general fuera español, después que las familias citra y ultramontana eligieran general. Además, que no accedieran al generalato los que tuvieran raíces judías. Finalmente, que se unieran la provincia de Cerdeña a la familia ultramontana⁶⁹. Borja entregó al rey la carta de presentación y de creencia de Crivelli y, a tenor del memorial que había recibido, hubo de comunicarle que el papa no había accedido a ninguna de sus peticiones y que el nuevo ministro general era un francés. También hubo de explicar que Crivelli estaba desolado por estas negativas, por no haber conseguido los objetivos. Pero se consolaba porque la nueva elección sería provechosa, ya que, aunque había sido rechazada la propuesta de fray Miguel de Medina -10 votos menos que el francés-, tres hispanos participarían en el gobierno: consultor, secretario, y el comisario en la corte romana⁷⁰.

El rey había quedado satisfecho, pero quería que su embajador supiera cómo se había movido el general de los jesuitas. En definitiva, informaba que le había entregado las dos cartas. Como ahora volvía a Roma con el legado, había decidido que las respuestas las llevara el propio Borja a Roma; aunque para estar más seguro, precavido y prudente, le envió copias, para que, desde ese momento, supiera todo lo ocurrido⁷¹.

Un controvertido tema que el cardenal Alejandrino debía tratar con Felipe II abarcaba puntos jurídicos difíciles, y ahí Borja tenía una palabra importante. Las luchas jurisdiccionales en Milán, Nápoles y Sicilia fueron objeto de investigación por ambas partes, -papado y monarquía hispánica-, desde el primer momento que empezaron las lides. Es difícil cerrar el tema, pero sí vale la pena exponer de forma precisa la misión de Alejandrino y la importante colaboración de Borja en estas inextricables y abigarradas negociaciones, verdadera lucha de intereses económicos y de poder⁷².

En el fondo era una confusión práctica del derecho civil y eclesiástico en materias mixtas. Se debía delimitar exactamente las atribuciones de cada uno, y definir el procedimiento ejecutivo más conveniente para implantar el concilio tridentino. Es cierto que Felipe II al promulgarlo en Nápoles y Sicilia exceptuó privadamente varios puntos disciplinares que se creyeron contrarios a las prerrogativas reales. La aplicación del *placet o exequatur* a los breves apostólicos perjudicaba al poder eclesiástico. El monarca se negó a renunciar al exequatur, pero accedió a corregir los abusos de sus ministros.

Se trató de llegar a un concierto por medio de unos prolijos memoriales llenos de filigranas. Se quería dejar todo atado y bien atado. Mientras el legado iba de camino, el cardenal Rusticucci recabó desde Roma toda la información posible -especialmente a través de los cardenales Borromeo y Giustiniani-, para enviarla cuanto antes al nuncio Castagna. Este, por su parte, debía ordenar todo el material depositado en su archivo para ponerlo inmediatamente a disposición del legado. Una vez llegado Alejandrino a Madrid, se puso a analizar meticulosamente toda la información⁷³.

Todo lo negociado quedó reflejado en los papeles, incluso lo que se trató oralmente. Sabemos que Borja intervino decididamente en las negociaciones, pese que hasta ahora no se haya podido delimitar su alcance. Cuando Alejandrino terminó sus primeras entrevistas, afirmó que hizo cuanto pudo, es más, que hizo hacer a otros en su nombre; es decir, "fare, et far fare con l'intervento del padre Francesco"⁷⁴. El padre Anto-

nio Astrain, el historiador de la Asistencia de España, observó lo siguiente: "sólo sé que [Borja] escribió una instrucción o proyecto de concordia entre ambas potestades, proyecto que llevó a Roma siete años después el marqués de Alcañices"⁽⁷⁵⁾. Cuando en 1578 el nuncio Segá trató de averiguar el contenido de este memorial, no tuvo éxito; sin embargo, no dudó en dejar claro que tratándose de un hombre santo, se podía esperar que el memorial fuera "buono", es decir, favorable a la Santa Sede⁽⁷⁶⁾. El marqués de Alcañices, hijo de Borja, recibió el encargo de Felipe II de tratar este asunto con Gregorio XIII, para lo cual llevaba el memorial de Borja, pero no tuvo éxito. Las concesiones ya habían sido hechas⁽⁷⁷⁾.

El nuncio Segá y Gregorio XIII buscaron con infructuosa diligencia los memoriales de Borja. Sorprendentemente estos memoriales estaban en muchas cancillerías, en el archivo del nuncio Castagna, en el archivo pontificio, en el archivo del embajador Zúñiga y en el archivo del virrey Granvela. Pero el memorial que Borja elaboró, con fecha de 7 de noviembre, se encuentra sólo en el archivo de Castagna⁽⁷⁸⁾.

Borja también debía entrevistarse con Catalina de Médicis. Las cartas reales para Borja dejan claro que la Monarquía quería que se efectuara el matrimonio de Sebastián con Margarita de Valois, por servicio de Dios y por la fe católica. Como eran razones demasiado sublimes para la pragmática Catalina de Médicis, el rey observó que Borja debía mostrar los motivos por los que el monarca lo quería y lo promovía, toda vez que el intermediario era sólo el papa a través de su nepote. Se trataba en el fondo que con ese matrimonio se llegaría fácilmente a la paz y sosiego de la Cristiandad, por el amor y conformidad entre los príncipes, es decir, por el equilibrio europeo.

CONCLUSIONES

Francisco de Borja fue un jesuita que llegó a ser tercer prepósito. Pero sobre todo era un noble. Noble no sólo por nacimiento, sino por experiencia vital completa: familia, amigos, gobierno..., y jesuita siempre aparte, sin superiores inmediatos, colaborador excepcional de Ignacio y Laínez. Así se comprende que Borja haya sido considerado el máximo representante de su estamento social como patrono de la nobleza.

Este "ser noble" está presente durante toda su vida. Su pertenencia al estamento nobiliario y la educación recibida, primero de sus padres y preceptores, y luego de los amigos en la corte, es fundamental. De ahí su facilidad de contactos con las grandes familias, su interés por seguir las vicisitudes de éstas, su disposición a interceder en las peticiones de privilegios, sus naturales deseos de engrandecer su casa, su disponibilidad al servicio de la Corona, etc. Desde su condición de noble hizo el aprendizaje del gobierno tanto de sus estados como de lo encomendado por el rey. Borja era una pieza más dentro del complejo sistema de gobierno carolino, que al caer fuera del entramado político no deja de tener sus influencias y repercusiones.

El duque-jesuita, ese desconocido período de varios años (1546-1550), que va desde su profesión religiosa hasta la renuncia de sus estados, marcará toda su genial existencia. Su conversión-vocación le sitúa en un plano superior. Tanto es así que hubo de permanecer en secreto. Su actividad social anterior condicionada por su ser "noble-gobernante" continúa sublimada de algún modo en su nueva vida de jesuita. Borja sigue

teniendo los mismos vectores ideológicos: protección y defensa, intercesión, colaboración en las empresas nacionales, un todo designado por él como "servir a Dios en la Compañía", y así se pone al servicio de Felipe II por unir la "Christianitas".

Cuando Pío V le encomienda una misión ante el rey prudente, Borja tuvo éxito parcial en sus negociaciones. Es verdad que ejerció en la corte, por servir al pontificado, una oposición periférica. Desde dentro actuó su "clientela espiritual" incluido el influyente padre Araoz. Borja era la mano, el resto los pinceles, o si se prefiere, él era la carta, sus amigos los sobres. Lo hizo con tal finura, estilo y equilibrio -disponía de información privilegiada para negociar-, que no hizo sombra al legado Alejandrino. Pidió él mismo que las cartas se las enviaran con discreción para no dar celos a Alejandrino.

Los éxitos en Madrid están difuminados. A pesar de los esfuerzos, aún no queda claro en qué medida ayudó al desdichado arzobispo Carranza a salir de su tribulación. Es verdad que hizo de muro de contención a las pretensiones "regalistas" que conculcaban la autoridad eclesiástica en Milán, Nápoles y Sicilia. Ocho años más tarde buscaron las dos partes, monarquía hispánica y Santa Sede, los memoriales que Borja hizo creyéndolos modélicos en el proceso a seguir. En parte se consiguió la promesa de que se aplicaría íntegramente el tridentino en Nápoles y Sicilia. Milán seguirá en conflictos, pero algo se pudo arañar, pequeñas concesiones.

Los encargos de favorecer a los cardenales Colonna y Crivelli, al militar pontificio Marco Antonio, y la consecución de ayudas económicas para algunos cardenales pobres para que pudieran trabajar con más libertad en Polonia y Alemania, lo vivió con gran interés. Consiguió respuestas favorables de Felipe II, cartas que le dio en mano el rey, pero que hubo de enviar a sus destinatarios desde Ferrara. Marco Antonio Colonna consiguió ser aceptado plenamente en la corte, aunque no su pretensión del gobierno de Milán o el virreinato de Sicilia. El nombramiento de virrey lo obtuvo más tarde, en 1577.

En Madrid y Roma se fraguó entonces la invasión de Irlanda o de Inglaterra. Los consejeros de Felipe II determinaron que en ninguna manera se debía ir a Inglaterra haciendo cumplir una sentencia pontificia, porque provocaría que todos los herejes de Europa se enfrentaran a la Corona. Borja fue partidario de la suavidad, no quería ver más mártires, impidió las arriesgadas acciones de algunos jesuitas irlandeses, precisamente porque no estaban plenamente respaldados por el poder. Sin embargo, dio vía libre para que algunos jesuitas se embarcaran en la armada del duque de Medinaceli, dispuesta en un primer momento a la invasión de Irlanda, tal como el pontífice deseaba.

Con la nueva capitulación de la Liga Santa todo quedaba bien seguro. El punto de apoyo era que Francia aceptara el matrimonio de Sebastián con Margarita con todas sus condiciones, así que todo dependería del éxito Borja en la corte de Catalina de Médicis según las comisiones de Pío V, Catalina de Austria y Felipe II. Borja, gracias a las noticias provenientes de Roma, Portugal, Francia y España, conocía todas las vicisitudes acerca de la proyección política de las comisiones que había recibido. Era tanta y tan buena la información que tenía, que el secretario de la embajada en Francia estaba

admirado. Estos temas quedan abundantemente tratados en la tesis doctoral "La acción diplomática de Francisco de Borja al servicio del pontificado. 1571-1572". en vías de publicación.

SIGLAS

AAE =	Archivo de la Embajada de España en Roma. Ministerio de Asuntos Exteriores.
AColonna =	Archivio Colonna. Subiaco.
AGS =	Archivo General de Simancas.
AHL =	Archivo Histórico de Loyola. Guipúzcoa.
APSI =	Archivum Postulationis Generalis S. I. Roma.
ARSI =	Archivum Romanum Societatis Iesu.
ASV =	Archivio Segreto Vaticano.
Borgia =	Sanctus Franciscus Borgia, quartus Gandiae dux et Societatis Iesu praepositus generalis tertius, 5 vol., (= MHSI 2, 23, 35, 38, 41), Matriti 1894-1911.
Corsini =	Biblioteca Corsini. Roma.
Lain =	Lainii Monumenta. Epistolae et acta Patris Iacobi Lainii, secundi praepositi generalis Societatis Iesu, 8 vol., (= MHSI 44, 45, 47, 49-51, 53, 55), Matriti 1912-1917.
MMex. =	Monumenta Mexicana, ed. F. Zubillaga S.I., 7 vol., Roma 1956-1981 (=MHSI 77, 84, 97, 104, 106, 114, 122).
Mon. Ant. Flor =	Monumenta Antiquae Floridae (1566-1572), edidit F. Zubillaga S.I., Romae 1946 (= MHSI 69).
MPeruana =	Monumenta Peruana, ed. A. de Egaña S.I., 8 vol., Romae 1954-1986 (MHSI 75, 82, 95, 102, 110, 120, 128).
Ribad =	Patris Petri de Ribadeneira Societatis Iesu sacerdotis Confessiones, Epistolae, aliaque scripta inedita..., 2 vol., Matriti 1920-1923, reimpr. anast. Romae 1970 (MHSI 58, 60).

NOTAS

- ¹ Borgia IV, 227. Borja a Araoz, Roma, 8 abril 1566. Para hacerse una idea general y documental de las relaciones entre Borja y la monarquía véase Antonio Astrain, S.I., *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, 7 vols., Madrid 1902-1925; y las colecciones de Monumenta Borgia, Peruana y Mexicana. Un artículo con aspectos nuevos y documentación inédita en Félix Zubillaga S.I., *El Procurador de la Compañía de Jesús en la corte de España*, en AHSI 16 (1947) 1-55. Recientemente, José MARTÍNEZ MILLÁN, dir., *La corte de Felipe II*. Madrid 1994.
- ² Pese a la abundantísima bibliografía sobre Felipe II, todavía no existe ningún estudio que aborde sus relaciones con Borja. Sobre las figuras del rey católico y Borja véase: José FERNÁNDEZ MONTAÑA, *Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II*, Madrid 1891²; San Francisco de Borja y Felipe II, 203-238. Estudios generales en: Geoffrey PARKER, *Felipe II*, Madrid 1978; Miguel de FERDINANDY, *Felipe II*, Barcelona 1988; Ivan CLOULAS, *Philippe II*, Paris 1992; Henry KAMEN, *Philip of Spain*, New Haven-London 1997. La importancia de Borja en su educación ha sido resaltada por José María MARCH S.I., *Niñez y Juventud de Felipe II*, 2 vol., Madrid 1941-1942. Algunos aspectos particulares en: CLIFFORD M. LEWIS - Albert LOOMIE S.I., *The Spanish Jesuit Mission in Virginia, 1570-1572*, Chapel Hill 1953. Félix ZUBILLAGA S.I., *Métodos misionales de la primera instrucción de San Francisco de Borja para la América Española*, en AHSI 12 (1943) 58-88; Mario SCADUTO S.I., *L'opera di Francesco Borgia 1565-1572*, Roma 1992.
- ³ AGS. E. 20. 257. La marquesa de Llombay al emperador, Ocaña, 15 noviembre 1530, en José María MARCH S.I., *Niñez y Juventud de Felipe II*, 2 vols., Madrid 1941-1942, I, 122. Sobre esta época del emperador y repercusión documental en Valencia véase: Desamparados PÉREZ, "Documentación relativa a Carlos V conservada en el Archivo del Reino de Valencia", en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* 64 (1958) 515-521.
- ⁴ AGS. E. 27. 78-80. Isabel a Carlos V, Almunia, 2 marzo 1533. Borgia III. 653-658. Borja a Felipe II, Oporto, 6 febrero 1561 "...ni se olvidará V. M. de las muchas horas que en su tierna edad le traje en estos brazos y se adormeció en ellos".
- ⁵ El rey Manuel de Portugal (1469-1521) se había casado en tres ocasiones, siendo su segunda esposa doña María, hija de Fernando e Isabel. Dos de los nueve hijos de este matrimonio interesan aquí: Isabel y Juan. Isabel contrajo matrimonio con Carlos V y fue la madre de Felipe II. Juan III casó con Catalina, la hermana menor de Carlos V; su hija María Manuela contrajo matrimonio con Felipe II en 1543, pero murió al dar a luz su primogénito, el malogrado don Carlos. Véase Joaquín VERÍSSIMO SERRÃO, *História de Portugal. III, O século de ouro. 1485-1580*, Lisboa 1978, 421-424, que nos ofrece una guía breve y clara de la compleja genealogía de la prolífica familia real portuguesa. Sobre los contratos matrimoniales véase: Primitivo MARINO, *Tratados internacionales de España, Carlos V. I. España-Portugal*, Madrid 1978, 370-390.
- ⁶ AGS. E. 289, 15. Carlos V al duque de Gandía, 22 abril 1543. AGS. E. 189. 20. Carlos V a la duquesa de Gandía, Barcelona, 22 abril 1543. Otras iguales refrendadas por Juan Vázquez (AGS. E. 289, 26 y 26). Los asientos de los duques de Gandía se enviaron firmados en blanco y por refrendar, en AGS. E. 289, 14.
- ⁷ Instrucciones, Palamós 4 mayo 1543, en *Corpus documental de Carlos V*, II, 90-103. No quería que su hijo se consumiera con una mujer que se suponía era insaciable. En este sentido, la apreciación coincide con lo que demostró la experiencia. Juan Manuel de Portugal, casado con Juana de Austria, hermana de Felipe, murió de consumición debido a un goce amoroso sin

límites. Cuando los médicos -que recordaban el caso muy parecido e igualmente triste de Juan, único heredero masculino de los Reyes Católicos, el cual también sucumbió a las alegrías de su joven esposa Margarita de Austria, tía abuela de Juana- advirtieron del peligro, intentaron que Juan Manuel, el heredero de la corona portuguesa, sólo visitara tres veces al día a su esposa. Sobre este tema véanse las obras de Miguel de FERDINANDY, *Felipe II*, Barcelona 1988, 187; y de Alfonso DANVILA, *Felipe II y el rey don Sebastián de Portugal*, Madrid 1954, 51.

¹⁰⁸ AGS. E. 289, 21. Carlos V al duque de Gandía, abril 1543.

¹⁰⁹ AGS. E. 289, 23. Título de mayordomo mayor, abril 1543.

¹¹⁰ Cobos hubo de escribir a Carlos V que Juan III y Catalina de Austria estaban obsesionados con este asunto, y tan apasionados con su negativa que nunca cederían. AGS. E. 60, 257. Cobos a Carlos V. Valladolid, 25 agosto 1543, en José María MARCH S.I., *Niñez y juventud de Felipe II*, I, 138-139. Decidió entonces retrasar por algún tiempo la misión de los duques, porque, -como lo veía el emperador con sus propios ojos-, los reyes portugueses se ponían enfermos con la pura presencia de los duques, es decir, que incluso la mera compañía les molestaba. Sólo después de que la princesa estuviera bien asentada en España y pasados algunos meses, se podía intentar de nuevo el nombramiento.

¹¹¹ Fue el padre Andrés de Oviedo quien se los envió - una mera cifra- a Ignacio; después, el padre Nadal los descifró. De la transcripción de los votos se encargó Polanco, el fiel secretario de Ignacio. Así se sabe que Oviedo dio los ejercicios ignacianos a Borja, y éste en junio de 1546 hizo voto de entrar en la Compañía. El primer día de febrero de 1548 hizo la profesión. Llama la atención que la palabra "duque" estuviera representada por una "R", inicial del nombre en clave del duque de Gandía: "Rafael", nombre que perduró a lo largo de su vida cuando se correspondió con sus más íntimos colaboradores. No debemos olvidar que Borja tenía una fuerte devoción a los ángeles, que arranca con gran probabilidad de Fabro. Baste recordar que en el palacio de Gandía tenían una capilla dedicada a san Miguel, y que instituyó la fiesta del ángel custodio. Además todo su diario espiritual y algunas cartas espirituales están preñadas de referencias a los ángeles. Tampoco podemos excluir la influencia de su madre, pues en su testamento dejó instituida una misa en honor de los ángeles. En 1571 consiguió para las Descalzas Reales de Madrid que pudieran celebrar la fiesta del Ángel Custodio. Es posible que este nombre -Rafael- se lo impusiera el mismo Ignacio. Según una cifra secreta, actualmente en el Archivo Romano de la Compañía, en la que aparece varias veces "nemo legat", fechada entre 1553 y 1555, resulta que los nombres claves de los jesuitas estaban relacionados con los ángeles y los arcángeles. ARSI. Fondo Gesuito, 678/21/3. Ignacio=Miguel Pérez, Nadal=Gabriel Sánchez, Polanco=Gabriel Aguado, Borja=Rafael de Saa, Araoz=Ángel Juan, Estrada=Juan Ángel, Miró=Angelino, Dr. Torres=Perangel. Sobre la profesión de Borja véase: Lesmes FRÍAS S.I., "La profesión del Duque de Gandía. Ampliación y rectificaciones de los historiadores según las fuentes", en *AHSI* 5 (1936) 106-114.

¹¹² APSI. Proceso de Borja, caja 62. Antonio Goa a Polanco, Oñate, 4 julio 1551.

¹¹³ Epp. Ign. 8, 42-43; 9, 430.

¹¹⁴ AGS. E. 109, en *Bulletins de l'Academie de Bruxelles*, 1870, 308-328; en Borgia III, 114; 164; 161-172; 192; 206; 210-212; 225.

¹¹⁵ El parangón se hace más patente al ver las firmas: el duque de Gandía firma Francisco y el emperador firma Carlos. Para conocer de forma rápida las relaciones entre estos dos personajes durante este último período véanse: Rafael María de HORNEDO, "Asistencia espiritual de San Francisco de Borja a doña Juana la Loca, en el centenario de la muerte de la reina (1555)", en *Razón y Fe* 152 (1955) 177-200, se deja llevar en exceso por Cienfuegos, Alfredo SÁNCHEZ-BELLA, "Carlos V y san Francisco de Borja. Un coloquio memorable en

torno a la Compañía de Jesús", en *Hispania* 1 (1941) 102-113. José María RUIZ LOBO, "Carlos V y San Francisco de Borja", en *Archivo hispalense* 1 (1944) 179-182.

- ¹⁶⁹ AGS. E. 128, 323. Carlos a Felipe II, Yuste, 8 agosto 1557 en *Corpus documental*, IV, 341. Carlos V informó a su hijo Felipe que había enviado a Borja a Portugal. Hubo de darle explicaciones, pues ya no era el rey: "habiendo venido aquí le mandé que allende de visitar a la reina, mi hermana [Catalina], de mi parte le dijese las cosas que había entendido que decían en aquel reino sobre la sucesión del príncipe [don Carlos], mi nieto". La otra misión era la consecución de la dispensa del rey Manuel con la reina doña María, que el cardenal de Viseo comentó a Carlos V. Pensaba que no sería bastante; y, por consiguiente, el impedimento era grande, de suerte el rey don Juan y sus hermanos y los demás no podrían pretender el reino. Debemos además tener en cuenta que el embajador de Francia en Portugal debía tratar el casamiento entre una de las hijas de Enrique II con el rey don Sebastián. Carlos V pidió a Borja que desviara ese matrimonio y que don Sebastián se casara con una de las hijas de la reina de Bohemia, María de Austria, hermana de Felipe II.

- ¹⁷⁰ Las cartas están fechadas el 6 y 12 de octubre de 1557 desde Lisboa. Los originales en AGS. E. 58 y 60. El primero en editarlas fue L. P. GACHARD, *Retraite et mort de Charles-Quint au monastère de Yuste*, 3 vols., Bruselas 1854-1855, II, 255 y 366; después Borgia III, 304-106 y 307-310. Debemos tener en cuenta que es una publicación parcial, pues Gachard omitió la última parte de la carta del 12 de octubre. La cifra es muy interesante: Micer Agustino=Carlos; Catalina Díez=Catalina de Austria; Pero Sánchez=Padre Francisco; Carrillo Sanchez=Infante Cardenal; Milán=Castilla; Perpinán=Portugal; Santiago de Madrid=Felipe II; Francisco Álvarez=Embajador de Portugal; Juana Díez= Juana de Austria; Sebastián Díez=Don Sebastián; María Sanchez=Infanta de Portugal; Juan Díez= Juan III; Juan Álvarez= Embajador de España. En conclusión, los apellidos corresponden prácticamente a las funciones: Álvarez= embajador; Díez= casa portuguesa; Sánchez= clérigos.

- ¹⁷¹ Sobre la princesa Juana véase Robert ROUQUETTE, "Une Jésuite secrète au XVI siècle", en *Études* 316 (1957) 355-377; Marcel BATAILLON, *Études sur le Portugal au temps de l'humanisme*, Coímbra 1952, 257-283; Hugo RAHNER S.I., *Ignace de Loyola. Correspondance avec les femmes de son temps*, 2 vol., París 1964. Borja recordará exactamente en su Diario Espiritual el día que comenzó la dirección espiritual de la princesa Juana (10-VI-1554).

- ¹⁷² AGS. E. 109, 313. Juana de Austria a Carlos V, Valladolid, 13 abril 1555, en *Corpus documental* IV, 206. Sobre la muerte de Juana la Loca, véase *Bulletin de l'Academie de Bruxelles*, 1870, 308-328, varias cartas de Borja a Felipe y Borgia III.

- ¹⁷³ AGS. E. 109, 263. Borja a Carlos V, Valladolid, 19 mayo 1555, en Borgia III, 210 y en *Corpus documental*, III, 214. Aunque Borja firmó Francisco, en la cubierta de la carta el secretario de la cancellaría puso "del duque de Gandía".

- ¹⁷⁴ Lain. IV, 526. Araoz a Laínez, Valladolid, 28 octubre 1559. El episodio inquisitorial recientemente lo han tratado en el trabajo *La corte de Felipe II*, dir. José MARTÍNEZ MILLÁN, Madrid 1994, incluyendo a Borja y a la Compañía dentro del partido "ebolista", encabezado por Juana de Austria y Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli. Salva esta carestía el conjunto de publicaciones documentales de *Monumenta en sus secciones Borgia, Mexicana, Peruana*, etc.

- ¹⁷⁵ El original en Archivo de la Casa de Alba, copias en ARSI, 89, y Arch. de Loyola. El primero en reproducirla ALCÁZAR, I, 376-379. luego MERRY Y COLON, *Historia de España*, IV, 21-27, 5 mayo 1559, Borgia III, 475-483. Borja a Felipe II, Valladolid, 5 mayo 1559. Los que podían ser presidentes del Consejo Real, si el rey quería servirse de "grandes", proponía a

Bertrán de la Cueva, duque de Albuquerque, hermano del cardenal de la Cueva, gran benefactor de la Orden, pero que poco después falleció sucediéndole en el ducado Gabriel de la Cueva, gran amigo de Borja. El otro candidato era el conde de Oropesa, Francisco Álvarez de Toledo, que tenía un sobrino jesuita -Enrique de Rojas-, hombre a su juicio obediente, de gran talento y ejemplo. Estaba muy relacionado con Borja, que por su inspiración había fundado en sus dominios, en Jarandilla, un colegio jesuítico. Si no había de ser "grande", ni persona de "título" sino "letrado", y experimentado para este tipo de gobierno proponía a Juan Rodríguez de Figueroa (†1565), que ya era miembro del Consejo de Estado. Felipe II preguntó a Borja qué opinión le merecía, y éste -acaso imprudente- le dejó escrito en el memorial -otros lo podían ver, incluso el mismo interesado- que no le parecía el sujeto más indicado. Felipe II aceptó este cargo y le nombró presidente del Consejo de Órdenes. Borja hubiera preferido al licenciado Cristóbal Vaca de Castro, en 1540 virrey del Perú, porque era un hombre de valor y rectitud, que estaba bien relacionado con Juan de Vega, el gran amigo de la Compañía. Precisamente al anterior a Juan de Vega en el cargo de presidente del Consejo Real era Antonio de Fonseca, un agustino prior de Roncesvalles, obispo de Pamplona (1545-1558), nombrado póstumamente patriarca de las Indias Occidentales. Desde 1555 trataba con Borja asuntos de Estado, de la Iglesia y de la Compañía (Borgia III, 225, 229, 263).

- ⁽²³⁾ Borgia III, Borja a Laínez, Valladolid, 26 marzo 1559.
- ⁽²⁴⁾ Borgia III, 382, Borja a Laínez, Valladolid, 20 mayo 1558.
- ⁽²⁵⁾ Borgia III, 401, Borja a Laínez, Valladolid, 23 agosto-5 septiembre 1558.
- ⁽²⁶⁾ Borgia III, 323, Borja a Ribadeneira, Valladolid, 1557.
- ⁽²⁷⁾ Virgilio PINTO, *Inquisición y control ideológico en la España del siglo XVI*, Madrid 1983. Entraron obras de Juan de Ávila, Juan de Cazalla, Carranza, Luis de Granada, Bernabé de Palma, Francisco de Osuna, etc.
- ⁽²⁸⁾ ARSI, Hisp. 68, 197-198. Borja a Gonzalo López, Roma, 14 de junio 1566. Hubo de reaccionar rápidamente. No dejaba lugar a dudas. Su puesto era en Roma, pero estaba dispuesto para ir a cualquier parte, siempre que fuera por obediencia. La ocasión se le presentó cuando menos la esperaba, en 1571, por orden pontificia.
- ⁽²⁹⁾ Borgia IV, 212, Borja a Araoz, Roma, 27 febrero 1566.
- ⁽³⁰⁾ Borgia IV, 85; 86-87, Felipe II a Borja, Segovia, 8 septiembre 1565; Borja a Felipe II, Roma, 10 septiembre 1565.
- ⁽³¹⁾ Borgia IV, 213-214; 221-222, Felipe II a Borja, Madrid, 2 marzo 1566; Borja a Felipe II, Roma, 22 marzo 1566.
- ⁽³²⁾ Borgia V, 318; 367, Felipe II a Borja, Córdoba, 6 marzo 1570; Borja a Felipe II, Roma 26 abril 1570. Según Dioniso Vázquez, "Con esta carta se consoló en grande manera el padre porque claramente mostraba que no quedó en el real pecho memoria ni rastro de desabrimiento, sino aquella serenidad y amor que siempre en los tiempos pasados en él había conocido".
- ⁽³³⁾ MP, I, 222; 241, Felipe II a Borja, Felipe II a Borja, Madrid 11 octubre 1568; Borja a Felipe II, Roma, 9 diciembre 1568. Borgia V, 429, Felipe II a Borja, Escorial, 30 junio 1570.
- ⁽³⁴⁾ Sobre la princesa Juana, nota 18, y M. BATAILLON, "Jeanne d'Austriche, princesse de Portugal", *Boletín de Estudios Portugueses*, 1939.
- ⁽³⁵⁾ ASV, Principi I, 357, Juana de Austria a Pío V, Madrid, 18 octubre 1570.
- ⁽³⁶⁾ James M. BOYDEN, *The Courtier and the King, Ruy Gómez de Silva, Philip II and the Court of Spain*, Berkaleley-London, 1995.

- ⁷³ El documento que nos describe mejor las óptimas relaciones Borja Ruy-Gómez en Borgia III, 897-8. Borja a Ruy Gómez, Roma, 29 mayo 1565. En (ARSI, Hisp. 67, 231. Borja a Ruy Gómez, Roma, 29 julio 1566) llegó a decir de su sobrino: "... a quien yo amo y tengo por hijo y señor carísimo así por quien es, como por ser nieto de una virtuosa abuela, e hijo de una cristianísima y prudentísima madre, a quien yo deseaba servir y obedecer en gran manera". Ruy Gómez de Silva (1516-†1573), desposó con Ana de Mendoza (1540-†1591). La influencia de Ruy Gómez la describe Teresa de Jesús en el capítulo 11 de Las Fundaciones: "... para todo era bueno tener [favorable] a Ruy Gómez, que tanta cabida tenía con el rey y con todos...". Tras su muerte, la esposa entró en el Carmelo de Pastrana, provocando con sus nefastas actitudes un sinnúmero de problemas a la reforma emprendida por Teresa de Jesús. ARSI, Hisp. 67, 231. Borja a Ruy Gómez, Roma, 29 julio 1566. La princesa de Éboli, Ana de Mendoza, tomaba por yerno al duque de Medina Sidonia, Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno.
- ⁷⁴ ARSI, Hisp. 67, 234. Borja a la condesa de Niebla, Roma, 3 agosto 1566.
- ⁷⁵ Borgia IV, 174, 260. Véase Fondo Gesuitico, 678, 21, 3. Cifras siglos XVI.
- ⁷⁶ ASV, Arm. XLIV, 19, 448. Pío V a Juana Dormer, Roma, 28 noviembre 1571.
- ⁷⁷ El nuevo mediador era hijo segundo de Lorenzo de Figueroa, conde de Feria, y de doña Catalina Fernández de Córdoba, marquesa de Priego. Felipe lo designó a su advenimiento al trono uno de sus consejeros. Fue embajador en Inglaterra y en Portugal. Durante su estancia inglesa casó con Jane Dormer, hija del William Dormer y Mary Sidney. En 1567 el rey lo nombró duque de Feria. En enero de 1568 se encargó de encarcelar al príncipe Carlos, muestra de la grande confianza que Felipe había depositado en él. Además, era gran amigo de Borja. Su testamento se halla en el fondo Osuna, junto con los de la casa Borja.
- ⁷⁸ Borgia V, 114. Feria a Borja, Madrid, 3 junio 1569.
- ⁷⁹ Borgia V, 813.
- ⁸⁰ Borgia V, Borja a Felipe II, [Valladolid], 5 mayo 1559. Sobre Espinosa, véase José MARTÍNEZ MILLÁN, "En busca de la ortodoxia: el Inquisidor General Diego de Espinosa", en *La corte de Felipe II*, dir. J. MARTÍNEZ MILLÁN, Madrid 1994, 189-228. No se ha puesto suficientemente de relieve las excelentes relaciones Espinosa-jesuitas, como se ve en ARSI, Hisp. 68 y 69.
- ⁸¹ Borgia V, 363-364. Ignacio de Fonseca a Borja, Córdoba, 25 abril 1570. Estas palabras dirigidas a Borja nos iluminan sobre Espinosa y la Compañía: "El Ilmo. Card. de Sigüenza, Presidente del Consejo Real, a quien V. P. conoce, ...yendo está a cumplir con su residencia a Sigüenza, conforme al breve de S. S. y llevando en el pecho el amor antiguo que a la Compañía tiene. [...] El cardinal luego que fue de vuelta de aquí dio parte de esto a S. M., el cual según su señoría refiere [...] concluyó con decirle: no hay que dudar sino que la Compañía es la religión que ahora más fruto hace en la Iglesia de Dios...". Padre Manuel López a Borja, Madrid, 9 mayo 1569, en ARSI, Hisp. 68, 116-118.
- ⁸² Borgia V, 583-584. Borja al cardinal Espinosa, Roma, 4 junio 1571.
- ⁸³ ARSI, Hisp. 68, 266. Borja a cardinal Espinosa, Roma, 29 octubre 1569.
- ⁸⁴ Borgia IV, 38-42. Borja al arzobispo de Zaragoza, Roma, 5 agosto 1565.
- ⁸⁵ Borgia IV, 105-107. Borja a Antonio de Córdoba, Roma, 9 octubre 1565. "El señor don Pedro de Avila se nos muestra muy señor y devoto y todos deseamos y rogamos a Dios N. S. tenga buen suceso su embajada".
- ⁸⁶ Salmeron II, 114. Borja a Salmerón, Roma, 20 diciembre 1566.
- ⁸⁷ ARSI, Hisp. 68, 175. Borja al conde de Lerma, Roma, 22 noviembre 1568. "... no me mara-

villo que Su Majestad no haya hasta ahora proveído cosa de nuevo según las ocupaciones que le han dado los fallecimientos de personas tan íntimas". Sobre Isabel véase: Agustín GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, *Isabel de Valois, Reina de España (1546-1568)*, *Estudio Biográfico*, 3 vol., Madrid 1949, con documentación de AGS y BN. París. Sobre don Carlos la bibliografía abundante de Lúois Prosper GACHARD, *Don Carlos y Felipe II*, Barcelona 1963; Miguel de FERNDINANDY, *Felipe II*, Barcelona 1988, cap. III. Crisis de generaciones en la familia reinante, 167-233.

- ¹⁵² ARSI. Hisp. 67, 161. Borja a Quiroga, Roma, 22 enero 1566.
- ¹⁵³ ARSI. Hisp. 68, 109. Borja a Quiroga, Roma, 30 octubre 1567.
- ¹⁵⁴ ARSI. Hisp. 67, 188. Borja al duque de Medinaceli, Roma, 1 mayo 1566.
- ¹⁵⁵ ARSI. Hips. 67, 234. Borja a Araoz, Roma, 9 agosto 1566.
- ¹⁵⁶ ARSI. Hisp. 69, 9, Roma, 1 enero 1570. Memorial para el padre Luis de Mendoza.
- ¹⁵⁷ Archivo Histórico de Loyola, Documentos notables, caja, 2, 4. Borja a Medinaceli, Roma, 23 marzo 1565. La respuesta en ARSI. Epp. Ext. 26, 116-117. Medinaceli a Borja, Nápoles, 19 abril 1565.
- ¹⁵⁸ ARSI. Hisp. 69, 66. Borja al duque de Medinaceli, Roma, 11 noviembre 1570.
- ¹⁵⁹ ASV. Miscell. Arm. II, 34, 54-55.
- ¹⁶⁰ Borgia V, 623. Borja a Felipe II, Barcelona, 31 agosto 1571. El ambiente estaba marcado por el encarcelamiento y muerte en lo hoguera de Segismundo Arquer, véase Massimo FIRPO, "Alcune considerazioni sull'esperienza religiosa di Segismundo Arquer", en *Revista Storica Italiana* 105 (1993) 411-475. Recoge el dato de la acusación inquisitorial contra Gaspar de Centelles de 1563. Jesús PUELL DE LA VILLA, "El silencio se ha impuesto": La herejía luterana en el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Toledo. El proceso del doctor Segismundo Arquer (1563-1571), en *Anuario jurídico y económico escorialense* 23 (1991) 307-348. Precisamente poco después, en 1572, se incoa en Valladolid un proceso inquisitorial contra fray Luis de León, acusado por el dominico Bartolomé de Medina, véase *Proceso inquisitorial de fray Luis de León*, ed. Ángel Alcalá, Salamanca 1991. Introducción xv-lxiii.
- ¹⁶¹ ARSI. Hisp. 69, 92. Nadal al provincial de Cerdeña, Roma, 1 diciembre 1571.
- ¹⁶² APSI. 38, 43. Deposition de Antonio de Palacios, 14 abril 1617.
- ¹⁶³ APSI. 38, 50. Deposition del capitán Rodrigo de Contreras, mayo 1617.
- ¹⁶⁴ AColonna II CA 236. Daneo a Juana de Aragón, Madrid, 10 septiembre 1571.
- ¹⁶⁵ AGS. E. 917, 252 Memorial del cardenal Alejandrino, s. l. s. f. Colonna había escrito a Borja desde Mesina que seguía habiendo tensiones, rivalidades entre los mandos militares, concretamente entre los generales. Borja, por tanto, conocía perfectamente las dificultades que encontraría en la corte. En cualquier caso, había recibido orden de Marco Antonio de poner a disposición del rey su cargo de capitán general pontificio (AColonna II, C. F. 1. Registro de Cartas, 154. Marco Antonio Colonna a Borja, Mesina, 4 septiembre 1571).
- ¹⁶⁶ AGS. E. 917, 254. Memorial del cardenal Alejandrino, s. l. s. f.
- ¹⁶⁷ Borgia V, 647. Borja a Colonna, Lisboa, 10 diciembre 1571. El original en AColonna. La réplica del rey en dos lugares: 1º. AColonna, II C D. Daneo a Marco Antonio Colonna: "Quello che S. M. a risposto". 2º. ASV. SS. Spagna 2, 177. "Lo que S. M. manda responder al cardenal Alejandrino legado de S. S. sobre el particular de Marco Antonio Colonna".
- ¹⁶⁸ Borgia V, 637. Borja a Juana de Aragón, Madrid, s.d., octubre 1571.
- ¹⁶⁹ Felipe II quería ante todo que los franciscanos de Cerdeña dependieran de la corona de Ara-

gón y de su provincia italiana. La reducción a la observancia de los frailes terciarios de la Penitencia, llamados entoces tercerones fue muy dificultosa. Estos religiosos constituían una verdadera orden regular, haciendo votos la mayor parte de ellos, pero su vida, tan poco edificante, provocó que tanto el rey como el papa decidieron su reducción sometiendo a los observantes franciscanos. Pío V accedió finalmente a que sobrevivieran bajo la autoridad del general de los franciscanos y se sometieran al gobierno del provincial español, véase Serrano IV, xli-xlv. Sobre la reforma emprendida por Pío V y Felipe II véase José GARCÍA ORO, "Felipe II: ¿Reforma española o reforma tridentina?", en *Historia de la Iglesia España*, III-1^o, dir. Ricardo GARCÍA VILLOSLADA, Madrid 1979, 315-338.

¹⁰⁰ AGS. E. 917, 49. Crivelli a Felipe II. Roma, 11 junio 1571. AGS. E. 917, 47. Memorial de Crivelli, Roma, 11 junio 1571. Luis Pozzo da Borgono (1565-1571) dejaba paso a Cristóbal de Cheffontaine (1571-1579), un hombre doctísimo y autor de muchas obras eruditas, que le trajeron algunas complicaciones por las novedades. Véase: Cayetano Michele AUSCULANO, *Annales Minorum*, (1565-1574), XX, Florencia 1933, 326-360; Domenico CRESI, *San Francesco e i suoi Ordini*, Florencia 1955, 309.

¹⁰¹ E. 917, 244. Felipe II a Juan de Zúñiga, San Lorenzo, 18 noviembre 1571. El asunto produjo alguna complicación, pues, según se puede leer, "esta minuta se sacó de otra que por mandado de S. M. se sacó de este legajo y remitió al consejo de Estado, y quedó esta en su lugar". Es decir, llevaron al consejo de Estado las gestiones incoadas por Borja. El día anterior Felipe II dispuso que se enviaran a Zúñiga copia de las respuestas dadas a Alejandrino en los asuntos referentes a jurisdicción eclesiástica, que fue repetida el 13 de julio de 1573 (AAE. SS. 37. Felipe II a Zúñiga, Madrid, 17 noviembre 1571). El rey quiso también, para reforzar su autoridad en temas de jurisdicción eclesiástica, que se actuara por reales cédulas en contra del arzobispo de Cagliari, Paolo Maria della Rovere, adversario de la jurisdicción real, tratando de neutralizar su influencia en Roma, Madrid, 29 noviembre 1571 (AAE. SS. 39). Así, pues, mientras complacía por un lado a legado, por otro actuaba contra lo que le pedía.

¹⁰² Para una visión de conjunto, Antonio María ROUCO VALERA, *Staat und Kirche im Spanien des 16. Jahrhunderts*, Munich 1965, y Quintín ALDEA S.I., *Iglesia y Estado en la España del Siglo XVII. (Ideario político-eclesiástico)*, Comillas 1961. IV Parte. Posibles soluciones a los conflictos 187-202. Respecto a Milán véase: Mario BENDISCIOLI, "La bolla "In Coena Domini" e la sua pubblicazione a Milano nel 1568", en *Archivio Storico Lombardo* 53 (1928) 72-85. El padre Luciano SERRANO O.S.B., en su *Correspondencia...* trata de estos temas en el tomo III, v-lxviii, y en un artículo, "Primeras negociaciones de Felipe II con el Papa S. Pío V", *Hispania* 1 (1940) 83-124. Pese a la historiografía que presenta, no entra en la participación de Borja en estas negociaciones. SERRANO se muestra partidario de Felipe II en estos puntos y lo justifica porque "de creer al embajador Zúñiga, Pío V alargaba más de lo justo el poder eclesiástico en materias temporales...". Una visión más moderna y algo más equilibrada en Gaetano CATALANO, *Controversie giurisdizionali tra Chiesa e Stato nell'età di Gregorio XIII e Filippo II*, Palermo 1955. Paolo PRODI, "San Carlo Borromeo e le trattative tra Gregorio XIII e Filippo sulla giurisdizione ecclesiastica", en *Rivista di Storia della Chiesa in Italia* 11 (1957) 195-240. Mario BENDISCIOLI, *Pio V Ghislieri e le lotte giurisdizionali per l'applicazione del concilio di Trento*, en San Pio V e la problematica del suo tempo, Alessandria 1972, 19-32. Josefina MATEU IBARS, "Los Enríquez de Ribera, virreyes de Nápoles y su diplomacia con la Santa Sede sobre el "regio exequatur", la bula "Coena Domini" y la Inquisición", en *Archivio Storico per le Province Napoletane* 93 (1975) 111-136.

¹⁰³ ASV. SS. Spagna, 3, 208. Rusticucci a Castagna, Roma, 12 agosto 1571.

- ⁷⁴ Corsini 505, Alejandrino a Rusticucci, Madrid, 17 noviembre 1571.
- ⁷⁵ Antonio ASTRÁIN S.I., *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, 7 vol., Madrid 1902-1925. II. 328, hace una referencia, pero no habla de los documentos, que se pueden ver en AAE. SS. 37. Comunicaciones reales sobre las negociaciones del marqués de Alcañices en Roma, 1579-1580.
- ⁷⁶ ASV. SS. Spagna, 11, 215. Segá a Como, Madrid, 9 abril 1578.
- ⁷⁷ AGS. E. 394. Algunas cartas del marqués de Alcañices sobre el punto de la jurisdicción de Nápoles, avisando lo mal que se prestaba el papa a solucionar favorablemente este aspecto.
- ⁷⁸ ASV. SS. Spagna, 2, 145-147. "Copia degli memoriali dati a S.M., giovedì a li XI d'ottobre 1571 dal sig. Card. Legato. 148, replica fatta a le risposte di S. M. et data dal illmo. Sr. legato al medesimo Re, sabato a li 9 di nov. 1571. 150-154, lo que por parte de S. M. se responde al memorial que el Ilmo. Sr. Legado le dio a 10 de nov. 155, memoriale mandato a S. M. a li 19 d'ottobre 1571 sopra le cose de la lega. 158-165, copia del memorial dado por el padre General [Borja], 7 y 30 nov. 167-175, agravios que dice que se hacen en el reino de Nápoles contra la libertad e inmunidad eclesiástica, 30 octubre. 176-179, Respuestas del rey sobre el negocio de la liga, 8 octubre". Documentos refrendados por Vargas y Pérez.